



CAPÍTULO X

Estado general de la Francia en 1607.—La señora de Chantal se siente llamada á la vida religiosa. — Prudencia de San Francisco de Sales, quien al fin la revela el secreto de su vocación.

— 1607 —

AL mismo tiempo que la señora de Chantal grababa sobre su corazón el nombre de Jesús en señal de su consagración absoluta á Dios, principiaba á sentir mayores deseos de dejarlo todo, de abandonar al mundo y á su familia, y de retirarse á la soledad. Sus deseos de vida religiosa, vagos aún en 1605, más claros en 1606, vinieron á ser de repente muy vivos y ardientes en 1607. La que muy pronto iba á elevarse como un águila á las alturas de la vida contemplativa, principiaba á batir impaciente sus alas.

Cuando Dios quiere salvar á un siglo, y su Iglesia tiene necesidad de ser glorificada y vengada, envía un soplo divino, y la faz de la tierra se renueva. Este soplo corría entonces por el mundo. Se había levantado en Italia, y de repente se vieron aparecer como otros tantos prodigios á San Pío V, San Carlos Borromeo, San Felipe de Neri, y otros muchos.

Este soplo atravesó la España y San Ignacio, Santa Teresa, San Pedro de Alcántara y San Juan de la Cruz nacieron en su suelo.

La Francia principiaba á sentir este soplo, y había

sonado ya la hora en que, después de tantas incertidumbres, iba también á tomar parte en la gran renovación católica.

Seducida largo tiempo hacia por el atractivo de la novedad; preparada, por otra parte, con malas costumbres para aceptar malas doctrinas, de las ligerezas de Francisco I había descendido á las intrigas de Catalina de Médicis, y de las debilidades de Carlos IX á la devoción escandalosa de Enrique III; en una palabra, la Francia había estado á punto de resbalar y caer en el protestantismo. Felizmente acababa de despertar, y espantada á la vista del abismo que se abría bajo sus pies, se disponía á llevar á esta lucha del bien y del mal el ardor y entusiasmo que la caracterizan.

Al resplandor del relámpago se veía, en fin, la grandeza del peligro que amenazaba, y lo que á él conducía: la ignorancia religiosa, las costumbres corrompidas, las instituciones arruinadas, el escándalo deshonorando al Altar é inficionando el claustro; Pontífices sin celo abriendo á Sacerdotes sin vocación las puertas del santuario, y las cosas santas despreciadas por los pueblos, porque éstas eran profanadas por indignos ministros.

Estas llagas, cuya profundidad no podía ocultarse, arrancaban en los unos dolorosos gemidos, y excitaban en los otros un santo celo. Por todas partes se reunían Concilios y Juntas del clero para encontrar remedio á tanto mal. A las predicaciones de la Liga tan fogosas y tan ardientemente escuchadas, pero tan embriagadas con las pasiones de la tierra, se sucedían otras predicaciones no menos ardientes ni menos populares, pero pronunciadas por boca de Santos que no se dirigían más que á la conciencia. San Francisco de Regis en las Cevennes, el P. Eudes en Normandía, Miguel de Noblez en Bretaña, el bienaventurado Pedro Fourier en Lorena, y el ilustre cardenal Duperron en París, luchaban

mano á mano, aquí contra la herejía, allá contra la ignorancia, y en todas partes contra la corrupción.

Y como toda reforma es efímera si no empieza por la infancia, César de Bus fundaba para la educación de la juventud pobre la Congregación de la Doctrina cristiana, boceto de una obra que el Venerable de la *Salle* debía llevar á la perfección. Los Jesuitas, á los cuales hacía cuatro años habían levantado el destierro, volvían á abrir sus colegios, destinados á sacar del protestantismo á los que habían sido arrastrados por él. Entre esta doble enseñanza de las clases ricas y la de las pobres, el joven y santo Cardenal de Berulle se proponía establecer, como complemento de una y otra, los colegios del Oratorio, que no fundó hasta cinco años después.

Por todas partes se veía el mismo afán, la misma inteligencia, los mismos proyectos de escuelas y congregaciones para la educación de las niñas.

Sin duda, abajo como arriba, nada estaba aún maduro, pero todo germinaba, todo se preparaba en el corazón de los Santos. La Francia se poblaba de un número inmenso de vírgenes que, impresionadas de lo necesario que era formar buenas cristianas, renunciaban á la honra de ser madres para consagrarse á esta obra suprema: ya las Ursulinas, las Hermanas de Nuestra Señora de Lorena, las de Nuestra Señora de Burdeos abrían escuelas, y renovando la juventud, preparaban el siglo XVII, que fué para las mujeres casi tan grande como para los hombres, y que no fué tan grande por cierto sino porque fué profundamente cristiano.

Pero ¿qué se hubiese conseguido con tantas misiones y escuelas, con aquella vasta renovación de almas y de obras, si el sacerdocio no volvía á florecer? Los mayores y más santos Obispos gemían pensando en ello, y aunque todos sus esfuerzos hasta entonces no hubiesen sido coronados sino con un éxito poco feliz, no obstan-

te, empezaban á verse en el horizonte señales precursoras de mejor porvenir. El que en esto como en todo debía manifestarse tan hábil y feliz, Vicente de Paúl, no era aún á la verdad más que un joven sacerdote. Acababa de venderse para rescatar á un cautivo, y en las prisiones de Túnez hacía la primer prueba de su corazón; de aquel corazón que debía ser tan tierno y tan fuerte; de aquel corazón que debía ser inmenso como la miseria y atrevido como el amor; de donde debían brotar sin interrupción, durante sesenta años, tan grandes y tan hermosas inspiraciones de caridad. Su discípulo en la obra de reforma del clero, el Sr. Ollier, no había nacido aún; pero el maestro de uno y otro, el P. Condren, había empezado ya aquélla. «Hombre de una ciencia enteramente divina, nacido—decía algún tiempo después Santa Juana Francisca—para instruir á los ángeles, como San Francisco de Sales para instruir á los hombres, vivía rodeado de una porción de sacerdotes, á quienes entusiasmaba por sus sublimes ideas sobre el sacerdocio, renovando y transformando sus corazones para lanzarlos después abrasados de celo á la conquista de las almas.»

Al mismo tiempo, el estado religioso se levantaba de entre sus ruinas. En la antigua Orden del Cister aparecían las reformas de los Fuldenses, de Septfonds y de Orval, preludios de otra reforma más brillante aún, la de la Trapa. Las antiguas Abadías benedictinas, decididas á que revistiesen el puro espíritu de San Benito, se reunían en congregaciones bajo el nombre de San Hildulfo y de San Vannes, esperando á la que fué más célebre entre todas con el nombre de San Mauro. Los Capuchinos, rama nueva y nacida en el árbol siempre verde de San Francisco de Asís, llegaban de Italia; los Hermanos de San Juan de Dios, de Portugal (1); los

(1) El instituto de San Juan de Dios no procede de Portugal; pues aunque el Santo era portugués, vivió en España desde su juventud, y

Carmelitas de España. Todo se reanimaba y nacía á un tiempo. Del seno inagotable de la Iglesia, de su corazón siempre joven, brotaban y nacían mil inspiraciones de piedad, de caridad y de abnegación; y para realizarlas en públicas instituciones, formaba y preparaba Dios silenciosamente una porción de almas santas, cuya aparición simultánea iba á dar á la renovación católica de la Francia su fecundo y maravilloso resplandor.

La señora de Chantal era una de estas almas escogidas, y su misión no era menos hermosa. Pero en 1607, á la edad de treinta y cinco años, detenida en el mundo por la educación de cuatro hijos pequeños, parecía destinada solamente á ser modelo de madre de familia. Mas no obstante, empezaba ya á sentir las primeras influencias del soplo divino, que iba preparándolo todo para sacarla del antiguo castillo de sus padres y llevarla al puesto que la Divina Providencia la había designado. Tal vez nunca se mostró San Francisco de Sales más admirable en la dirección de la señora de Chantal que en este momento supremo. El ardor de la una, contenido por la prudencia y la sabia lentitud del otro, forman uno de los espectáculos más útiles y encantadores que pueden encontrarse en la historia, y que necesitamos estudiar ahora con cuidado.

Aunque la señora de Chantal, desde la muerte de su marido, se había ido retirando cada día más del mundo, y en 1603, dando un paso bastante significativo, se había afiliado públicamente á la Orden de Capuchinos, no parecía hasta entonces que hubiese pasado por su imaginación la idea de poder ser religiosa. Sólo en 1605 se ve apuntar en nuestra Santa por primera vez el pensamiento de dejarlo todo por Dios, y de retirarse á la soledad; pero no sabiendo dónde ni cómo, no se

en ella hizo la fundación de su Orden de Hermanos hospitalarios, siendo la ciudad de Granada la cuna de tan santa y venerable institución. (N. E.)

preocupa mucho con este pensamiento. Por lo mismo parece no ser esto sino una de esas vivas aspiraciones á un total desasimiento, que son bastante frecuentes en las almas que se entregan enteramente á Dios. Así vemos que San Francisco de Sales no le da ninguna importancia, y con unas breves palabras hace entender á la señora de Chantal que es menester no se entretenga con estas ideas, porque «nada—la dice—impide tanto perfeccionarnos en nuestra vocación, como el aspirar á otra.» Dócil como una niña, nuestra Santa resolvió al instante no volver á pensar en ello; pero ¡vanas resoluciones! Los deseos de vida religiosa eran cada día y á pesar suyo, mucho más vivo. Seis meses después de haberlos descubierto á San Francisco de Sales, se decide á volverle á decir lo que siente en este punto, pero tan inútilmente como la vez primera. «Nada os diré—dice el Santo—sobre el grande abandono de todas las cosas y de sí mismo por Dios, ni sobre la salida del país, y de la casa y familia. No quiero hablar, y sólo deseo que el señor os ilumine y haga conocer su santísima voluntad.» Y sin entrar en más pormenores, pasa el Santo á otra cosa (1).

Impaciente la señora de Chantal, vuelve otra vez á la carga; quiere una respuesta, é insta para ello á San Francisco de Sales quejándose de su indiferencia y casi de su negligencia en asunto tan grave. A pesar de esto, el Santo no responde más que una palabra prudente y sensata, como siempre. No ha tenido ninguna negligencia en el examen de la vocación de la señora de Chantal; ha pensado tanto y más que ella misma, «si le permite decirlo así. Pero encosas semejantes, ¿no se debe tener una diligencia cuidadosa sin duda, pero dulce, paciente y resignada?» (2). La señora de Chan-

(1) Carta del 3 de Octubre de 1605.

(2) Carta del 9 de Mayo de 1606.

tal se calma, y renueva sus resoluciones de no pensar más en esto. Pero apenas ha pasado un mes, cuando vuelve á principiar sus instancias. Sin embargo, San Francisco de Sales, fiel á su resolución de no hablar una palabra sin haber pesado maduramente y largo tiempo antes lo que debía decir: «Tened paciencia—le contesta—hablaremos de eso el año que viene, si Dios nos conserva la vida. Esto es muy bastante; y así no he querido responder á esos deseos de alejarse de la patria, é ir á servir en el Noviciado á las doncellas que aspiran á ser religiosas: todo esto, querida hija mía, es demasiado importante para tratarse por escrito, y sobre todo, tiempo tenemos» (1). Y cierto que había tiempo, pues se trataba nada menos que de arrebatarse una madre á sus hijos; y por otra parte, ni San Francisco de Sales, ni la señora de Chantal, conocían aún toda la grandeza de los designios de Dios sobre ellos.

En estas circunstancias, y en el curso mismo de este año, la señora de Chantal vió de repente en Borgoña un espectáculo de virtud y de perfección religiosa tan brillante, que casi la deslumbró y extravió. ¡Tanta verdad es que las almas más santas tienen necesidad de ser dirigidas! ¡Tan difícil es al talento más penetrante discernir su vocación y conocer hacia dónde le llama Dios! Apenas hacía un año que la Francia había recibido con aplauso á las Carmelitas españolas, traídas á París por el Cardenal de Berulle y la ilustre señora de Acaria, cuando la venerable Madre Ana de Jesús, primera compañera y principal confidente de Santa Teresa, vino á Dijón á fundar el tercer monasterio francés del Carmelo. Esta Madre Ana de Jesús, por sí sola era una verdadera maravilla. Se ha dicho, y esto basta para su elogio, que no era inferior á Santa Teresa en dones sobrenaturales, y que la excedía en

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

cualidades naturales (1). Se hizo célebre por su éxtasis, sobre todo por el que tuvo el mismo día de su profesión al pronunciar sus votos, de donde vino el que Santa Teresa, por un efecto de pudor divino, digámoslo así, mandase que en adelante las Carmelitas no pronunciasen sus votos en público, lo que se ha observado siempre después. Dos religiosas españolas, la Madre Isabel de los Angeles y la Madre Beatriz de la Concepción, y una religiosa francesa, la Madre María de la Trinidad, todas tres de noble cuna y de gran virtud, acompañaban á la Madre Ana de Jesús, y como si todo debiese concurrir á que su llegada fuese más brillante, fueron instaladas en Dijón por su piadoso é ilustre fundador Pedro de Berulle, de quien Dios iba á servirse para establecer el oratorio, y que juntaba á la autoridad del talento un esplendor de virtud que recordaba los más bellos tiempos de la Iglesia. ¡Júzguese del entusiasmo con que serían recibidas en esta fecha de 1605, y en una ciudad tan monástica como lo era entonces Dijón, siempre ávida de semejantes espectáculos! El gentío se apretaba y oprimía en la pobre capillita que las Carmelitas acababan de abrir en la calle de la Carbonería. Se quería oír cantar á las buenas Madres españolas; se las quería ver y respirar el perfume de piedad que salía por las rejas. La señora de Chantal no era de las últimas que acudían. Una mañana, dando la Comunión el Cardenal de Berulle, vió entre el gentío que se acercaba á la santa Mesa, con el traje de viuda, una figura tan modesta y fervorosa, que llamó mucho su atención. Cuando volvió á la sacristía preguntó quién era aquella joven viuda, y habiéndole respondido que se llamaba la Baronesa de Chantal: «El corazón de esa señora—dijo—

(1) Así lo dijo el P. Domingo Bañez, que fué confesor de Santa Teresa y de la Madre Ana de Jesús. (Véase la *Vida de la bienaventurada María de la Encarnación*, por el Ilmo. Sr. de Dupanloup, Obispo de Orleans.—París, 1854, tomo II, pág. 39.)

es un altar en que el fuego del amor divino no se apaga. Este fuego se hará tan vehemente, que no sólo consumirá el sacrificio, sino también el altar mismo.» El Cardenal de Berulle volvió á ver poco después á la señora de Chantal, tuvo con ella largas conversaciones, y toda su vida aseguró que uno de los más insignes favores que Dios le había concedido era haber conocido tan grande alma (1).

La señora de Chantal se entusiasmó con la vista del Carmelo naciente. Llena de ardor por las austeridades corporales, y ansiosa de sacrificios, se persuadió de que Dios la llamaba á consagrarse á Él con este género de vida.

Felizmente, Dios concede á los directores las luces que rehusa á las almas á quienes deben dirigir. Advertido San Francisco de Sales por la señora de Chantal de los nuevos impulsos que sentía, intervino al instante con infinita dulzura, humildad y prudencia, pero también con firmeza. «He pensado mucho sobre este punto—escribe—y he implorado la gracia en el santo sacrificio y en mis oraciones, empleando la devoción y oraciones de otros mejores que yo. ¿Y qué es lo que hasta ahora he conocido? Que un día, hija mía, deberéis dejarlo todo.» Nunca se había expresado San Francisco de Sales tan claramente. Y añade: «Digo todo, pero que esto sea para entrar en religión en las Carmelitas, es demasiado, y aún no he formado mi opinión sobre ello... Entendedlo bien, por amor de Dios: no digo que no, pero digo que aún no he podido encontrar cómo decir que sí... Y sabed que en este asunto me he colocado enteramente en la indiferencia de mi propia inclinación para buscar la voluntad de Dios sola y absolutamente. Y no obstante, jamás he podido encontrar el sí en mi corazón, y he hallado, por el contrario, el no

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

muy decidido y firme.» Habiendo manifestado con esta claridad á la Santa, por una parte que un día lo dejaría todo, por otra que no sería para entrar Carmelita, San Francisco de Sales, haciendo una alusión indirecta sobre los proyectos que en su espíritu maduraba para lo porvenir, y de que aún no quería hablar, la dice: «Dadme tiempo y espacio para orar más y hacer orar con esta intención; y después de todo esto, y antes de que me resuelva, será preciso que os hable con toda comodidad, lo que será, Dios mediante, el año que viene. Además, yo quisiera que no tomaseis una resolución decidida por sólo mi dictamen, á menos que mi opinión os diese una entera tranquilidad, acompañada de cierta interior correspondencia á ella. Yo os la diré muy por menor cuando llegue el tiempo oportuno, y si no os procura completa paz interior, consultaremos con otras personas capaces, á quien tal vez comunique Dios más claramente su voluntad» (1).

Siempre se ve en San Francisco de Sales el mismo carácter dulce, prudente, humilde, desconfiado de sí mismo, y el deseo de que otros intervengan con sus luces en los asuntos de la gloria de Dios y del bien del prójimo. Este es el carácter de todos los Santos y fundadores que han ilustrado la Iglesia.

La obediencia de la señora de Chantal no es menos admirable. Con sólo estas palabras de su Santo director, renuncia á lo que había creído su vocación, y desasida de todo, muerta á su propia voluntad en las mismas cosas en que se cree inocente el buscarse á sí misma, espera humildemente que Dios que le ha dado tan ardientes deseos de la vida religiosa, le indique el camino y le dé los medios de verificarlo.

Rindamos también el más sincero homenaje á las buenas Madres Carmelitas, y en particular á la Madre

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

María de la Trinidad. Por más alegría que la produjese la primera vez que la señora de Chantal la habló de su proyecto, ya por causa de la intimidad que empezaba á reinar entre las dos, ya por causa del esplendor que tan grande alma debía proporcionar al Carmelo naciente, jamás escuchó sobre este punto ningún pensamiento humano. «Señora—la dijo el día primero que la habló sobre este particular, — cuando hayáis satisfecho á lo que Dios pide de vos por medio del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, pensaremos en lo que debemos contestaros sobre vuestros deseos.» Y otra vez, inspirada de Dios, la dió esta respuesta, célebre para siempre: «No, no, señora; Santa Teresa no os contará nunca en el número de sus hijas, porque os quiere Dios madre de tantas hijas, que seréis su compañera» (1).

La señora de Chantal renunció, pues, á ser Carmelita, pero no dejó de verlas y quererlas. Frecuentaba mucho su capilla, y cuando el Cardenal de Berulle predicaba ó decía la Misa, de seguro se encontraba entre la gente á la señora de Chantal, acompañada de su amiga la señora Presidenta Bruslard. Si el humilde Sr. de Galleamad venía á visitar canónicamente el monasterio, veíase á la señora de Chantal en el confesonario de éste. Si las buenas Madres Carmelitas recibían de París

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 105. La Madre de Chaugy dice que estas palabras debieron ser dichas por la Madre Ana de San Bartolomé. Pero como por una parte esta Madre no fué nunca á Dijón, y por otra la señora de Chantal no estuvo nunca en París antes de su entrada en la religión, resulta de aquí una dificultad, que nos ha detenido mucho tiempo cuando nuestra primera edición, y no pudiendo admitir este hecho así no sabíamos cómo explicarlo. Felizmente hemos tenido después ocasión de leer las *Cronicas de la Orden de las Carmelitas*, que en este momento se imprimen en Troyes, y en ellas hemos visto que la Madre María de la Trinidad, y no la Madre Ana de San Bartolomé, era la que había disuadido á la señora de Chantal de entrar en el Carmelo. (Tomo III, pág. 463.) Lo que se explica perfectamente, porque la Madre María de la Trinidad vivía en Dijón, y la señora de Chantal, como veremos ahora, tenía con ella relaciones muy íntimas.